



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
FEB - ABR DE 2016 Número 164 Donativo \$7.00 M.N.

San José



es el protector de cuantos esperan en él

Amadísimos hermanos en Cristo y amigos del alma; en este número dedicado al glorioso y dignísimo Patriarca San José, nos complacemos en honrar a tan gran Santo y Patrono de la Iglesia Católica. A continuación exponemos la doctrina del Sagrado Concilio de Trento (1545 - 1563) que lanzó un rayo de anatema contra todos los que reprueban la veneración de los Santos y el culto de sus imágenes y reliquias; y con toda justicia y razón, porque los Santos fueron y son los amigos más fieles de Dios, promotores y defensores de su gloria, por lo cual la honra que se tributa a

ellos cede y redundará a mayor gloria de Dios.

Si un buen padre pone en un lugar preferente y condecorado el retrato del hijo que más ennobleció su casa con hechos ilustres y virtuosos, si promueve con gusto la relación de sus gloriosas obras y hazañas, ¿no debe alegrarse nuestra querida Madre la Iglesia en celebrar las proezas de sus hijos más heroicos en santidad? Y entre todos estos héroes, ¿no merece un culto especial el gran Patriarca San José, padre de Jesús y esposo de la Virgen María?

El solo ejemplo de Jesucristo, dice San Alfonso, que tanto quiso honrar en la tierra a San José, debiera inflamarnos a todos a ser aficionados de este gran Santo. Desde que el Eterno Padre destinó a San José para ejercer sus veces en este mundo para con su Hijo divino, siempre lo miró Nuestro Señor como a su padre, y como a padre le obedeció y respetó por espacio de treinta años.

A esto, pone sello y corona la doctrina de S.S. Pío IX en el decreto de la Sagrada Congregación de Ritos de 1870, donde se dice: “Por esta dignidad que Dios confirió a éste su fidelísimo siervo, siempre la Iglesia venera al bienaventurado San José, des-



pués de la Virgen María su esposa, con honor sumo y alabanza, y con honores de suma dulía o protodulía”.

En verdad, nos sobran motivos para despertar nuestro amor a tan grande Santo, y veamos que no hay necesidad alguna en la cual no pueda y quiera socorrernos siendo el padre de Jesús. ¿Qué cosa o necesidad le negaría Jesús nuestro Dios, a su padre a quien tanto amó, respetó y obedeció aquí en la tierra?

La Iglesia, llama a este mundo valle de lágrimas y dice verdad, porque todo hombre viene a la tierra llorando y muere llorando. Lloran los pobres porque no tienen lo necesario, lloran los ricos porque codician más, lloran los enfermos porque tienen que sufrir, lloran los sanos porque no pueden gozar y aun los justos, que no anhelan sino caminar a la Patria celestial y tienen que estar siempre pisando espinas.

Dispúsole así la amorosa Providencia del Altísimo, para que no nos dejáramos cautivar por las delicias de la tierra ni se apegara nuestro corazón a criatura alguna, sino que lo tengamos puesto en la Patria eterna, donde nos espera un eterno y puro gozar sin dolor ni temor alguno. Recurramos a San José con confianza, y tributémosle un gran amor como hicieron Jesús y María, y como lo ha



hecho siempre la Iglesia. He aquí la razón de ello: Todos los demás Santos son fieles siervos del Señor, amigos del Rey de los cielos, pero sólo San José ha sido y es el guardián y padre nutricio de Jesús, sólo él fue el protector de Dios cuando éste vivía en la tierra, y es por tanto imposible, que ese mismo Dios le olvide en el cielo. Cuando Jesús habitaba en la tierra con nosotros, San José le hablaba con verdadera autoridad, y Él le obedecía, *erat subditus*. Hoy, en la eternidad, todavía se dirige a Él, le expone sus deseos, le ruega, y el Señor está solícito a cuanto su pa-

dre adoptivo le pide. Cuántas almas piadosas después de haber hecho devotamente el mes de San José, después de haberse preparado con una novena para celebrar su fiesta del 19 de marzo o el día 01 de mayo, han experimentado los efectos más palpables de su poder extraordinario y su gran bondad, que es el carácter típico de este gran Santo y de sus

obras. Nada sabe rehusar de cuanto se le pide. Así pues, no dudemos en acogernos a su paternal protección, honrándolo e invocándolo siempre, pero especialmente en sus festividades que es cuando más, el bendito Patriarca, parece se complace en hacer brillar las maravillas de su poder.

¡Sea para gloria de Dios!



Jesús, nuestro modelo en el sufrimiento

Se acercan los días santos en que meditaremos más de cerca la Pasión de nuestro divino Redentor, y para comprender mejor la grandeza del sacrificio y del amor de Nuestro Señor paciente, consideraremos por qué sufrió, y por qué quiso sufrir.

Por sus sufrimientos y por su muerte, Nuestro Señor vino a ser nuestro gran Sacerdote Eterno. Desde el pesebre hasta la cruz del Gólgota, toda su vida fue un sacrificio ofrecido por nosotros; este era el objetivo principal de su venida a la tierra: Entregarse para redimirnos, *“éste es mi Cuerpo que ha sido entregado por vosotros”* (Lc. XXII, 19), y por sus sufrimientos Cristo vino a ser nuestro Redentor. *“Cristo murió a causa de nuestros pecados.”* (I Cor. XV, 3)

Los padecimientos de Jesús, nos revelan cuánto amó a su Padre celestial y cuánto ha amado a

los hombres, así como cuán justo y misericordioso es Dios *“Este amor consiste en que no hemos sido nosotros quienes amamos a Dios, sino Él quien nos ha amado a nosotros y por quienes ha enviado a su Hijo como Víctima de propiciación por nuestros pecados.”* (I Jn. IV, 10)

Además, son estos sufrimientos el mejor consuelo que el cristiano puede tener mientras viva en este valle de penas, y son una alentadora lección para el hombre que sufre pues, ¿quién no sufre?

Cuántos de nosotros estamos enfrente del dolor y no lo comprendemos, ¡cuántos estamos ante él renegando de Dios que ha sufrido más que todos nosotros! Y renegando así, ¿soportaremos con valor y alma más firme los golpes del dolor?

¡Qué triste realidad, queridos hermanos, que la mayoría de los cristianos permanezcamos en presencia del sufrimiento sin poder

comprenderlo y con una desesperación impotente! Cómo cambiarían nuestras vidas si comprendiéramos el sentido de estas palabras: *“Mis pensamientos no son los vuestros y vuestros caminos no son los míos.”* (Is. LV, 89) La visión de Dios hacia nuestras almas es diferente a la de nosotros, hombres terrenos y carnales, ¿quién no adormece su alma atormentada al goce desenfrenado de los placeres sensuales, a las diversiones vanas y hasta pecaminosas para disipar el dolor, la soledad, la desesperación? Y después de esto, ¿quién no siente el vacío más profundo con el desengaño de la realidad?

Los que aman envían rosas como signo de su amor, de su cariño o amistad; Dios nos manifiesta su amor enviándonos espinas, pues en la balanza divina, el sufrimiento pesa mucho más. Jesús es grande en sus portentosos milagros pero lo es mucho más en su Pasión, y vemos que en toda su vida sobre la tierra ha sido penetrado, en todo sentido, por el dolor y el sufrimiento.

En verdad, cualquiera que sea la época de su vida que consideremos, no vemos más que trabajos y penas bajo una u otra forma, que lo hacen ser un ejemplo vivo para nosotros: En Belén, la pobreza; en la huida a Egipto, el destierro; en el taller de Nazaret y durante su vida pública, la fatiga y finalmente, la traición, el abandono, el desprecio, la burla y la muerte más cruel y humillante.



Este ejemplo de nuestro divino Maestro, ha hecho más soportable el peso del sufrimiento para los que han querido seguir sus huellas. Todo cristiano tiene que llevar su cruz como la llevó nuestro Redentor, y puesto que Él la llevó por nuestros pecados, nosotros tenemos que sufrir por los propios pecados, pues esto es lo justo.

El sufrimiento vino con el primer pecado y existirá mientras haya un hombre sobre la tierra. El dolor, el mal, la enfermedad, la muerte no fueron creados por Dios, sino que fue el hombre quien los ha atraído sobre sí, cuando ha atacado con mano desobediente y pecadora el orden moral universal. Nuestro

Señor Jesucristo ha hecho más soportable la condición de la humanidad, elevando el sufrimiento a un alto grado, dándolo por modelo a los que quieren seguirle.

Cuando la vida nos aplaste, cuando veamos todo perdido, acordémonos de estas palabras del Salvador: *“Si alguno quiere venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga.”* (Mat. XVI, 24)

En estos días santos en que vamos a vivir más de cerca la Pasión de nuestro Redentor, Jesús quiere enseñarnos a no desesperar bajo el peso de la cruz ni a sublevarnos, ni a levantar el puño contra el cielo ni a enojarnos con Dios, sino a estrecharnos contra el corazón de Dios, que es Padre y nos ama con ternura. Quien lleva la cruz con paciencia, marcha seguro sobre las huellas de Cristo y así un día gozará con Él eternamente. Repitamos con fervor junto con el apóstol Santo Tomás, *“vamos y muramos con Él.”* (Jn. XI, 16)

El sufrimiento tiene por consiguiente, un fin en los designios de Dios, es una señal de salvación que nos dirige, una muestra de misericordia y amor. En efecto, nuestro Padre celestial, infinitamente bue-

no, no puede gozarse en los dolores y sufrimientos de sus hijos; y si los permite es para cumplir así sus planes, planes que no comprendemos jamás aquí en la tierra, pero que en la eternidad gozaremos si sabemos reparar nuestros pecados y ofensas en esta vida llevando con alegría nuestros sufrimientos.



Queriendo Jesús que su santísima Pasión quedara como recuerdo inmemorable y que constantemente fuera un ejemplo vivo en nuestra vida cristiana, Él mismo indicó el modo más eficaz de recordarlo. Ese modo fue instituido la noche antes de su muerte en la que se ha llamado, desde entonces “La Última cena.” Con un simbolismo no sangriento de la separación de la Sangre y del Cuerpo representó su muerte; por una consagración separada del Pan y del Vino, Cristo se ofreció a la muerte a los ojos de Dios y de los

hombres.
Se ofreció
como Víctima
para
inmolarse
y para que
el hombre
nunca
olvidase
que: “No
hay mayor
amor del
hombre que



el dar su vida por sus amigos.” (Jn. XV, 13) Él dio a la Iglesia el divino mandamiento. “*Haced esto en memoria mía*” (Lc. XXII, 19), palabras que la Iglesia toma para sí, pues el acto en el cual representamos de nuevo su muerte en la cruz, es el Sacrificio de la Misa, en el cual hacemos, en su memoria, lo que Él hizo en la Última Cena como prefigura de su Pasión. Por eso la Santa Misa es el centro del catolicismo, porque es para nosotros el acto con el que Dios coronó el amor que nos tiene. Es alrededor del altar donde nos unimos a Él, a pesar de nuestra insignificancia, para aprender a sufrir y para recibir fuerza espiritual ante las pruebas que Dios permita. La Santa Misa, es el mayor acontecimiento en la historia, es el único acto sagrado que evita que caiga la ira de Dios sobre el mundo pecador, porque sostiene la cruz entre la tierra y los cielos, renovando así ese momento decisivo en el que nuestra triste y trágica humanidad surgió

súbitamente a la plenitud de la vida sobrenatural y es capaz de hacer actos meritorios y virtuosos que le den entrada al cielo, y es aquí cuando nuestros sufrimientos tienen un valor eterno porque nos alcanzan un lugar en la Patria celestial.

El Misterio del Calvario pertenece a todos los tiempos y a todos los lugares. Por eso, cuando nuestro Redentor subió a las alturas del Calvario fue despojado de sus vestidos; Él salvaría al mundo sin los adornos de un mundo pasado convirtiéndose en un pobre universal, que no pertenece a un solo pueblo, sino a todos los hombres, para enseñarnos a sufrir la pobreza y llevarlo con verdadera resignación por la salvación, no de un alma sino de muchas almas.

Cristo fue elevado en la cruz para sufrir la muerte más afrentosa, humillante y quedar como derrotado ante el mundo; pero quiso que fuera elevado para así detener al mundano, para detener al irreflexivo, para despertar al pecador y para

enseñar al cristiano el camino de su salvación. La crucifixión no era un drama para inspirarnos, sino un acto para copiar en nuestra vida. Lo que se efectuó en el Calvario únicamente es de valor para nosotros en el grado mismo en que lo repetimos en nuestras propias vidas.

La Santa Misa hace posible eso, pues al repetir la muerte de Nuestro Señor en nuestros altares, somos participantes en la Redención y he allí donde completamos nuestra obra. Nuestro Señor completó su obra cuando fue alzado en la

cruz, nosotros completamos la nuestra cuando dejamos que nos atraiga hacia Él, en la Misa. En la cruz estaba solo, en la Misa está con nosotros y en nuestros sufrimientos nosotros podemos estar con Él. En la cruz era el vino; en la Misa somos la gota de agua que se une con el vino y es consagrado con Él. En la cruz

era la única Hostia; en la Misa somos pequeñas hostias, y Jesucristo es la gran Hostia que recibe su Calvario por conducto de nosotros. Qué consolador es saber que Dios quiso quedarse con nosotros para que con-

temos con su presencia en nuestras luchas y peleas de la vida como el Amigo fiel que nunca falla; llorar con Jesús Sacramentado es el mejor remedio a nuestras penas, pues mientras que el pecado se conserve en la tierra, se conservará también la cruz y con ella, Jesús Eucaristía.



Si somos hijos de la Iglesia, respetemos este santo tiempo de semana santa, no profanándolo con diversiones inútiles o pecamionsas. Vivamos unidos a la Pasión de Jesús unidos también a la Virgen dolorosa al pie de la cruz.

¡Sea para gloria de Dios!